

# JUBILEO DE LOS SACERDOTES DE LA DIÓCESIS DE SALAMANCA Y ÁVILA

La Santa, 16 de febrero de 2015

*Misa votiva de santa Teresa de Jesús (1Cor 2,1-10a; Sal 18;  
Jn 14,1-11)*

Querido hermano Mons. Carlos López Hernández, hermanos sacerdotes de las diócesis de Salamanca y de Ávila, padres Carmelitas, hermanos y hermanas. Bienvenidos todos a la casa natal de santa Teresa, en la que los sacerdotes de Salamanca y Ávila celebramos el jubileo concedido por el Santo Padre en este V centenario del nacimiento de la Santa. A Santa Teresa de Jesús le pedimos nos alcance la gracia de ser sacerdotes conforme a su espíritu.

## ***1. Dios le concedió una mente tan abierta como las playas del mar (antífona)***

En esta misma casa donde nos encontramos nació Teresa el 28 de marzo de 1515, al comienzo de la primavera. Sus padres D. Alonso Sánchez de Cepeda y D<sup>a</sup> Beatriz de Ahumada vivían intramuros, en la casa de la Moneda. Hoy es el convento de los carmelitas, que nos reciben amablemente. Aquí está la alcoba donde nació, una capilla muy visitada y bellamente restaurada, presidida por la emotiva imagen de Gregorio Fernández.

Su bautismo tuvo lugar el 4 de abril en la cercana parroquia de santo Domingo, hoy san Juan Bautista, donde permanece la pila bautismal. Era la mayor de las hijas y le pusieron por nombre Teresa, como su abuela materna, y el apellido de la madre, según costumbre de la época. Firmaba “Teresa de Ahumada” hasta que cambió su nombre por “Teresa de Jesús”. La parroquia de San Juan acogerá la próxima exposición de Edades del Hombre “Teresa de Jesús, maestra de oración”.

La familia de Teresa era una familia numerosa de doce hermanos. El padre casó dos veces, en primeras nupcias con D<sup>a</sup> Catalina del Peso, que

a los dos años moría dejando dos hijos, y en segundas nupcias con D<sup>a</sup> Beatriz, madre de Teresa. Tuvieron diez hijos: «Éramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre» (V 1,4). A todos amaba mucho, aunque con preferencia: «Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería» (V 1,4). Se trataba de Rodrigo, que jugaba con ella a hacer ermitas, y le acompañó en su aventura infantil hacia el martirio.

Con apenas nueve años lee vidas de caballeros y de mártires que inspiran su deseo de martirio: «Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así». (V 1,4).

La familia sufrió una pérdida irreparable con la muerte de la madre cuando Teresa tenía doce años. Al tomar conciencia de lo que había perdido, se dirigió a la Virgen de la Caridad para pedirle que fuera su madre: «Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas» (V 1,7). Esta imagen de la Virgen se venera hoy en la Catedral de Ávila.

En la adolescencia Teresa comienza sus fantasías: «Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa» (V 2,2), aunque el Señor le ayudaba a no quererle ofender: «No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí» (V 2,2). Surgió una relación con sus primos: «Eran casi de mi edad, poco mayores que yo. Andábamos siempre juntos. Teníanme gran amor» (V 2,3). Incluso el matrimonio se presentó como posibilidad (cf. V 2,9).

A su padre le pareció un momento delicado y le condujo al cercano convento de Agustinas, que ayudaba a las jóvenes en su formación. Providencialmente conoció a María de Briceño, una hermana que sembró en ella deseos de Dios e incluso de consagración: «Pues

comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa» (V 3,2). A la edad de 20 años, un 2 de noviembre, huyendo de su casa, ingresó en el monasterio de la Encarnación. Le costó gran dolor la decisión, tomada en contra de la voluntad de su padre: «cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera» (V 4,1). Este modo de obrar sería constante en su vida: en los momentos más oscuros, la voluntad de Dios le animaba a seguir adelante en su camino, que ella abrazaba con determinación.

## ***2. Hablamos entre los perfectos una sabiduría que no es de este mundo***

¿Cómo fue la relación de Teresa con los sacerdotes? Sacerdotes seculares y religiosos desempeñaron un papel muy importante en su vida: la acompañaron siendo niña y adolescente en el sacramento de la confesión y, siendo mayor, ofreciéndole los consejos que ella continuamente demandaba. Sobresalen el P. Gaspar Daza, hombre santo, implicado en el movimiento de renovación espiritual de la ciudad. Él aconsejaría a Teresa, en sus primeras experiencias místicas, a recurrir a los jesuitas de la ciudad, más acreditados en el discernimiento de espíritu. Junto al P. Daza, Teresa buscó el apoyo de Francisco de Salcedo, primero laico y más tarde sacerdote. Julián de Ávila fue su primer capellán en San José y le acompañó en algunas fundaciones. Los dominicos de Santo Tomás entraron en la vida de la Santa, necesitada de garantía de verdad en su interior, especialmente los PP. Domingo Báñez y Pedro Ibáñez. Aparece en su biografía el inquisidor Francisco de Soto y Salazar, a quien expone sus experiencias místicas. El último sacerdote secular mencionado en su biografía es el Maestro Juan de Ávila, decisivo asesor, al solicitarle Teresa que “enmiende” el libro de la Vida. La Santa comenta feliz: “El Maestro Ávila me escribe largo, y le contenta todo, solo dice que es menester declarar más unas cosas y mudar vocablos de otras, que esto es fácil”. Excepcional fue el apoyo que le brindaron los carmelitas Juan de la Cruz y el P. Gracián y Juan de la Cruz, así como el franciscano Pedro de Alcántara, decisivo en la

reforma de Teresa, y el General de la Orden P. Rubeo. Otros muchos sacerdotes regulares le ayudaron y recibieron de ella ayuda, carmelitas, franciscanos, agustinos, cartujos y jerónimos, relacionados con su persona o sus fundaciones. Se relacionó también con muchos obispos, especialmente de las diócesis donde surgieron las fundaciones, y con los nuncios apostólicos.

Para Teresa, el sacerdote debe ser hombre de letras, responsable de la palabra de Dios en la Sagrada Escritura, responsable de las almas confiadas a su cuidado, sobre todo, responsable de la Eucaristía, especialmente llamado a la santidad. Tras una experiencia mística escribe: «Entendí bien cuánto más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros» (V 38,23). El sacerdote es un creyente particularmente vinculado a la Iglesia, misterio de unión con Cristo (C 1,2), en la que asume responsabilidades especiales de ejemplaridad y liderazgo. La Reforma de Teresa estuvo en gran parte orientada al sostenimiento espiritual de los sacerdotes, que ejercen su apostolado en primera fila: «¡Buenos quedaría los soldaos sin capitanes. Para esto el Señor nos juntó en esta casa, para pedir a Dios que a los capitanes de este castillo o ciudad les haga muy aventajados en el camino del Señor» (C 3,3).

### ***3. Has revelado el misterio de tu inmenso amor en la Humanidad de Jesucristo***

El centro, el motor de la vida de Teresa y se sus grandes obras fue siempre Jesucristo. Durante décadas tuvo una experiencia intensa de la presencia de Cristo en ella: «parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo... sentíalo muy claro y que era testigo de todo lo que yo hacía, y no podía ignorar que estaba cabe mí» (V 27,2). Para Teresa, la vida cristiana no es una doctrina, sino una llamada a conocer, amar y servir a una persona, a enamorarse del Señor. Se sumerge en el Evangelio para encontrar el camino hacia Jesús: identificada con la Samaritana y con María Magdalena, recibe la paz en medio de sus pecados (7M 2,7); se siente invitada por Cristo a seguirle, «toma tu cruz y sígueme» (V 15, 13); y recibe gran fortaleza del Buen Pastor: «no

hayas miedo, hija, que nadie sea parte para apartarte de mí» (R 35); ansía beber el agua que solo viene del Señor: «¡Oh qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana» (V 30,19); y se ve empujada a lavar y ungir los pies de Jesús (R 21). Se ve especialmente interpelada por la pasión del Señor, celebra el domingo de Ramos, se sumerge en Getsemaní y en la pasión y muerte del Señor hasta llenarse de gozo en la Pascua de Resurrección (R 35): «En especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto. Allí era mi acompañarle... Muchos años las más noches, antes que me durmiese, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto» (V 9,4).

Por eso entiende la oración como amistad personal con Jesucristo: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (V 8,5). En sus obras encontramos referencias continuas a Jesucristo, Dios hecho hombre, cuya humanidad santísima es objeto de su incansable contemplación y amor: «tratad con Él como con padre y como con hermano y como con señor y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra, que Él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle» (C 28,3).

De esta fuente brota su deseo de reformar: «Del trato íntimo y amoroso con el Señor, estaba cabe mí y lo veía claro y sentía» (V 27,3). Dios le dio una luz especial para leer los signos de los tiempos que la confirmarían en su vocación apostólica. De Cristo nace la urgencia de ayudar a la Iglesia en cuanto pudiera: «determiné a hacer eso poquito que era en mí» (C 1,2).

#### ***4. Ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que le aman***

Finalmente, nos fijamos en su amor a la Eucaristía. Una vez centrada en el misterio de Cristo (V 27), especialmente en su Humanidad (4M 7), el Santísimo Sacramento pasó a primar el campo de la piedad de Teresa, llegando a comulgar a diario, cosa nada frecuente en la época. Sin embargo, sus diferencias con los teólogos obligaban a Teresa a alejarse

de la comunión frecuente: «Díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan a menudo» (V 25,14). La Eucaristía es para la Santa presencia velada de su Humanidad, como la Encarnación lo era de su divinidad. Es un nuevo disfraz de su presencia gloriosa pero en suma y misteriosa cercanía, aunque el Señor “se descubre del todo a quien mucho lo desea” (C 34,10).

Los principales acontecimientos de su vida brotaron de la Eucaristía; el primero de todos, su misión de fundadora: «Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas» (V 32,11). El punto culminante de las experiencias místicas es la gracia del matrimonio espiritual, que tiene lugar al recibir la comunión de manos de san Juan de la Cruz: «Díjome Su Majestad: “No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mí... y díome su mano derecha, y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya y la tuya mía” (R 35).

En los últimos diez años de su vida la comunión sacramental fue una dulce oportunidad para renovar la gracia de la sponsalidad. La Eucaristía constituye el centro de su oración, de la unión con Cristo en su humanidad doliente, resucitada y glorificada; la experiencia de su sangre derramada (cf. R 26), de la majestad del Señor resucitado y glorificado, ahora encubierto bajo el signo sacramental (cf. V 38,21).

Queridos hermanos sacerdotes, os invito a renovar nuestro sacerdocio en esta celebración jubilar. Que el espíritu de Santa Teresa nos ayude a vivir con pasión nuestra comunión con el Señor y nuestra entrega a la Iglesia por nuestro ministerio sacerdotal.